BAJO LA III REPÚBLICA FRANCESA

Los crímenes del militarismo

(CONCLUSIÓN)

Poco tiempo después de comenzarse la campaña de protesta contra el crimen cometido por los militares argelinos en Djenan-ed-Dar, una buena idea nació entre nuestros compañeros franceses: traer á París, su pueblo natal, el cadaver de Luis Aernoult, con lo cual era indudable que se daría pretexto para hacer una imponente manifestación popular contra sus asesinos.

La idea, de tal modo expuesta, fué muy bien acogida en los distintos medios revolucionarios; y como el llevarla á efecto costaría algunos cientos de pesetas, pronto se abrieron suscripciones que dieron un feliz resultado, bastante superior á los cálculos que los iniciadores se formaron.

Como esto era la base primordial de la empresa, por así decirlo, inmediatamente se empezaron los trabajos para darle cima. Pero nuestros compañeros hubieron de tropezar en seguida con las dificultades que les opusieron las autoridades de todo linaje, que, comprendiendo lo que significaba el traer á la metrópoli los restos de Aernoult, se juramentaron para impedirlo.

De tal forma las cosas, una y otra vez que nuestros camaradas tenían cumplidos todos cuantos trámites son necesarios para un acto semejante, el ministro de la Guerra, fiel amparador de las instituciones militares, fundándose en argucias comunes á esta clase de gentes impide la realización del proyecto. Sin embargo, como sus disposiciones eran demasiado arbitrarias y como los revolucionarios franceses fueron constantes y tenaces en su empeño, al cabo de más de dos años y medio de la muerte de Aernoult pudo conseguirse definitivamente que los restos de éste fuesen sacados del cementerio de Beni Ounif y transportados hacia Francia.

Dada la gran divulgación que se había hecho del asesinato del pobre «terrassier» durante aquel interregno, forzosamente era de suponer que la llegada de su cuerpo á París había de ser resonante. Luego se daba también el caso de que en estos preciosos momentos se estaba preparando la campaña por la revisión del proceso de Rousset, el vengador de Aernoult, todo lo cual hacía que la ansiedad fuese más enorme, ya que tal coincidencia, era un nuevo factor que contribuirá en grado sumo á aumentar la importancia del acto, á darle más relieve.

Y llegó el momento. Thuiller, del «Comité de defensa social de París», había sido enviado previamente á Argelia para que acompañase el feretro de Aernoult en todo el camino que había que recorrer. El 1.º de febrero de 1910, aquel compañero con su triste «equipaje» partía del cementerio de Beni-Ounif en marcha hacia París. Al paso del convoy por las estaciones de varios pueblos de la colonia francesa, los compañeros improvisaron actos de protesta. En Orán, punto de embarque para Marsella, las manifestaciones fueron más imponentes; y otro tanto sucedió cuando Thuiller desembarcó en esta última ciudad y cuando pasó en tren por Lyón y las restantes villas que tenía que recorrer hasta París.

Aquí, como es de comprender, el acto tuvo una inmensa importancia. Los distintos organismos que representan todas las fuerzas revolucionarias parisienses, bien cohesionadas al efecto, supieron hacer una enorme propaganda en torno de la conducción á París del cuerpo de Aernoult; y así, el 11 de febrero, fecha de la llegada de Thuiller con aquél, una inmensa multitud los esperaba en la estación de P. L. M. y en las calles vecinas, para luego dirigirse en manifestación monstruosa al cementerio del Padre Lachaise, lugar donde los restos del desgraciado «terrassier» habían de ser quemados en el horno crematorio.

¡Qué suceso más imponente, más imborrable, de más grandiosa protesta contra los galoneados! Su importancia y significación puede apreciarse leyendo un artículo que el socialista Luis Dubreuilh publicó en *L'Humanité*, de París, al día siguiente, el cual vamos á reproducir para conocimiento de nuestros lectores.

Dice así el mencionado trabajo, que apareció con el título de «París obrero contra los presidios militares»:

«La muerte del soldado Aernoult no habrá sido inútil. Todo el París obrero, socialista y sindicalista, lo ha demostrado ayer acompañando al cementerio del Padre Lachaise á los restos dsl disciplinario tan cobardemente asesinado en Djan-ed-Dar.

»Desde la Comune no se había visto en nuestra capital una demostración popular tan grandiosa y tan impresionante como ésta.

»Los informes dados por la policía reconocen que los manifestantes eran unos 150,000 y los informes de la policía, como sabemos; no exageran nunca cuando se trata de actos nuestros. Por lo mismo, nosotros podemos afirmar, en lo que á nuestros datos concierne, que los manifestantes que íbamos detrás del feretro de Aernoult éramos más de 120,000 y que otros 100,000 camaradas, colocados en las aceras de las calles por donde recorrió el cortejo, nos saludaban y aclamaban con gran simpatía y entusiasmo.

»Se puede, pues, asegurar, que es todo el proletariado consciente y activo de la gran villa que se ha unido á nosotros, que ha respondido á nuestros llamamientos, los llamamientos de sus organizaciones de clase, de sus grupos y Partido.

»El crimen infame perpetrado en las profundidades de los presidios de Africa, le ha colocado, todo entero y unido, en una situación magnífica. Todo el odio que se ha ido acumulando en él contra las iniquidades que desde hace años comete la llamada justicia militar, ha estallado ruidosamente en esta manifestación grandiosa, de la cual los directorés capitalistas y sus esbirros han sido testigos obligados.

»Sin embargo, esta manifestación enorme, por importante que haya sido, no tendría más que un escaso valor si ella no presentase otra cosa que la demostración de un día y de una hora. Lo que constituye su importancia es, por el contrario, que estos hombres y estas mujeres que habrán acudido por docenas de mil, se impusieron la tarea y el deber de no descansar mientras no consiguiesen por completo el fin que con la manifestación se deseaba.

»El deber, es el de salvar de las atrocidades y de las torturas de su injusta condena, y acaso de una muerte parecida á la de Aernoult, al que tuvo el coraje de denunciar el crimen y marcar con el sello del desprecio á los verdugos: Rousset.

La tarea, es la de concluir definitivamente con la infame jurisdicción de los Consejos de guerra. Porque es necesario que la burguesía republicana, que en el curso del *affaire* Deyfrus había prometido al proletarido sacrificar aquella institución monstruosa, cumpla formalmente sus palabras.

»Así, el asesinato de Aernoult despierta todas las cóleras, aviva las sensibilidades. Es bastante. Ello hará que la clase obrera no pueda sufrir más con indiferencia el que los hijos de su carne se vean expuestos á morir bajo el tórrido sol de Africa, de la misma muerte que transfiguró en martir al pobre «terrassier». De este modo, tan inaudito crimen, que á los ojos de las masas recuerda y simboliza otros más que han quedado impunes, podrá ser expiado, no por represalias sobre tal ó cual verdugo, sino por la desaparición de una institución condenada en lo sucesivo por todos los hombres conscientes de su rectitud y abnegación.

»Destruir el instrumento de torturas y venganzas, he ahí lo que nos hemos juramentado, unos á otros, los 200,000 manifestantes que ayer íbamos agrupados bajo las rojas banderas de las reivindicaciones obreras, y este compromiso mutuo nosotros lo cumpliremos. El asesinato de Aernoult señalará el fin de los consejos de guerra».

Ha sido, pues, esta manifestación un acontecimiento sumamente extraordinario, por múltiples conceptos. Merced á ella el militarismo francés habrá podido convencerse de que en lo sucesivo no podrá cometer impunemente más crímenes, y que si los comete será en su mayor desprestigio.

Es esto un halagüeño resultado, porque así Aernoult muerto se ha convertido en una horrenda pesadilla para sus asesinos, en su más cruel enemigo, y porque, además se conseguirá, indudablemente, un cambio en la suerte del bravo Rousset, cuya causa guarda tan estrecha relación con todos estos sucesos. Una vez más, por tanto, queda demostrado que nuestra acción y nuestra energía y consciente protesta logran herir en lo vivo, aquello que parecía la mayor fortaleza del enemigo. ¡Qué otra mejor venganza!

UN SIN PATRIA

La anarquía y la ciencia moderna

¿Qué lugar ocupa la Anarquía en el gran movimiento intelectual del siglo?

La Anarquía es una concepción del universo, basada en la interpretación mecánica de los fenómenos que comprende toda la naturaleza—no excluyendo la vida de las sociedades humanas con sus relativos problemas económicos, políticos ó morales. Su método es el de las ciencias naturales; y según este método toda conclusión científica debe ser verificada. Su tendencia es la de fundar una filosofía sintética que se extienda á todos los hechos de la naturaleza, comprendida la vida de las sociedades, sin caer, sin embargo, en los errores en que incurrieron por razones hoy ya conocidas, Comte y Spencer.

De esto resulta que la Anarquía ha de dar forzosamente, sobre las cuestiones que plantea la vida moderna, otras respuestas y asupuestas y asumir una actitud distinta á todos los partidos políticos, incluso el partido socialista que no se ha desemburazado todavía de viejas ficciones metafísicas.

Ciertamente que la elaboración de un concepto mecánico completo de la Naturaleza, ha empezado apenas en su parte sociológica, que trata precisamente de la vida y de la evolución de la sociedad. Sin embargo lo poco hecho hasta ahora presenta ya—á veces inconscientemente—el carácter que hemos indicado. En la filosofía del derecho, en las teorías de la moral, en la economía política y en el estudio de la historia de los pueblos y de las instituciones, la doctrina anarquista ha demostrado no contentarse con soluciones metafísicas, sino querer dar á sus concepciones una base naturalista.

Ella no se deja sugestionar por la metafísica de Hegel, Schelling ó de Kant, por los comentadores del derecho romano y del derecho canónico, por los doctos profesores de la razón de estado, ni por la economía política de los metafísicos; busca en cambio el darse exacta cuenta de los diversos problemas que se relacionan con estas materias, haciendo tesoro de los estudios realizados durante los últimos treinta ó cuarenta años por los naturalistas.

Así como las concepciones metafísicas sobre el Espíritu Universal, sobre la Fuerza Creadora, sobre la atracción simpática de la Materia, sobre la Encarnación de la Idea, sobre la Razón del Ser, sobre el Incognoscible, sobre la Humanidad comprendida en el sentido de un Ser animado por el Soplo del Espíritu—del mismo modo que estas concepciones hoy han sido abandonadas por la filosofía materialista (mecánica ó cinética) y las abstracciones, que se ocultaban debajo de estas palabras, han sido traducidas al lenguaje concreto de los hechos,—así nosotros, nos esforzamos hacer, cuando examinamos los hechos de la vida social.

Cuando los metafísicos quieren persuadir al naturalista de que la vida intelectual del hombre se desenvuelve según «las leyes eternas del Espíritu», el naturalista sonríe compasivamente y continúa su indagación paciente de los fenómenos de la vida, de la inteligencia, de las pasiones, para demostrar que todo eso puede explicarse con las leyes de la Física y de la Química. El trata de descubrir las causas naturales de los fenómenos sometidos á su atención.

Así, cuando se le viene á decir á un anarquista, que, según Hegel, «toda evolución se compone de una tesis, de una antitesis y de una síntesis», ó bien que «el derecho tiene por fin la instauración de la Justicia, la cual representa la substración material de la Idea Suprema» ó cuando se le pregunta cuál es, según él, «el fin de la Vida»—el anarquista también esboza una sonrisa de compasión y se pregunta ¿cómo es posible que dado el desarrollo actual de las ciencias naturales, se encuentren aun hombres tan atrasados para creer semejantes fantasmagorías; hombres que hablan todavía la lengua del salvaje primitivo, el cual «antropomortisaba» la naturaleza, considerándola como una cosa gobernada por seres semejantes al hombre? Los anarquistas no se dejan influir por el encanto de «las palabras altisonantes», porque saben que estas palabras sirven siempre para cubrir ó la ignorancia ó, lo que es peor, la superstición. He ahí por qué, cuando se les habla este lenguaje, pasan por ello sin pararse, y prosiguen su estudio de las concepciones sociales y de las instituciones del pasado y del presente, siguiendo el método naturalista. Ellos creen que el desarrollo de la vida de la sociedad es infinitamente más complejo (y más interesante desde el punto de vista práctico) de cuanto se podría suponer ateniéndosele á las fórmulas metafísicas y aprioristicas.

***

Recientemente nosotros, hemos oído hablar mucho del método dialéctico que los social-democráticos recomendaban para elaborar el ideal socialista. Nosotros no reconocemos para nada este método, como no lo reconoce por los demás ninguna de las ciencias naturales.

Para el naturalista moderno, este «método dialéctico» aparece como algo muy viejo, superado y olvidado, hace tiempo, afortunadamente, por la Ciencia. Ni uno de los grandes descubrimientos del siglo pasado—en la mecánica, en la astronomía, en la física, en la química, en la biología, en la psicología, en la antropología,—se debe al método dialéctico. Todas en cambio son el fruto del método inductivo-deductivo, el único verdaderamente científico. Y como el hombre es también una parte de la Naturaleza, como su vida personal y social es también un fenómeno de la Naturaleza—lo mismo que el nacimiento de una flor ó de la evolución de la vida en las sociedades de las hormigas y de las abejas,—no hay razón alguna, para que pasando de la flor al hombre, de una villa de castores á una ciudad humana, nosotros abandonáramos el método que nos había servido tan bien hasta entonces para buscar otro en el arsenal de la metafísica.

***

El método inductivo-deductivo que nosotros usamos en las ciencias naturales, se ha revelado tan eficaz, que en los últimos cien años la ciencia ha hecho mayores progresos que los alcanzados en los dos milenios precedentes. Y cuando se comenzó (en la segunda mitad del siglo pasado) á extenderlo al estudio de las sociedades humanas, no se pudo constatar un solo caso en el cual este método se hubiese demostrado deficiente y hubiera, por lo tanto, autorizado una vuelta á la escolástica medioeval, resucitada por Hegel. Pero hay más. Cuando ciertos sabios, naturalistas, pagando un tributo á su educación burguesa, quisieron enseñarnos, con el pretexto de aplicar la teoría de Darwin: «Aplastad á todo el que sea más débil que vosotros: tal es la ley de la naturaleza», pudimos fácilmente demostrar, con el mismo método científico, que esos sabios habían equivocado el camino: que semejante ley no existe, que la naturaleza nos enseña todo lo contrario y que sus conclusiones no eran para nada científicas. La misma suerte á los que pretendían pasar la desigualdad de fortunas por «una ley de la Naturaleza», y la explotación capitalista por la forma más ventajosa de la organización social.

Y precisamente con la aplicación de los hechos económicos del método de las ciencias naturales nosotros nos damos cuenta de que las pretendidas leyes de las ciencias sociales burguesas—incluso la economía política actual—no sean enteramente leyes, sino simples suposiciones ó mejor dicho afirmaciones que no se ha tratado verificar nunca.

Agregaremos todavía una palabra.

La indagación científica no es fructuosa sino á condición de tener un «fin» determinado: debe ser emprendida con la intención de encontrar la respuesta á una intención clara y bien definida. Y toda investigación es tanto más fructuosa, cuanto se distingue mejor la relación que existe entre la cuestión que nos hemos propuesto y las líneas fundamentales de nuestra concepción general del universo. Mejor penetra ésta en la concepción general y más fácil es su solución.

Ahora bien, la cuestión que la Anarquía se propone resolver podría concretarse como sigue: «¿Qué formas sociales aseguran más eficazmente, en determinadas sociedades, y por ampliación, en la humanidad en general, la mayor suma de bienestar y en consecuencia una fuente más copiosa de vitalidad?»

¿Qué formas de sociedad favorecen mejor el acrecimiento de este bienestar, su desarrollo cuantitativo y calificativo, ó en otras palabras, lo vuelven más vario y susceptible de perfeccionamiento? (Lo que, sea dicho entre paréntesis, es la fórmula del progreso). El deseo de ayudar en este sentido la evolución determina la actividad social, científica, artística, etc., del anarquista.

P. KROPOTKINE

COMPLOT POLICIACO BURGUÉS

¿Quiénes son los provocadores?

El complot dinamitero tan feliz y oportunamente descubierto por los compañeros de la F. O. Marítima, viene á lanzar rayos de luz sobre las tenebrosas maquinaciones que la policía está poniendo en práctica para aniquilar á los elementos que ella juzga peligrosos, y cuyo peligro imaginario no tiene punto de comparación con el peligro real y verdadero que representa la Sección de Orden Social.

Al petardo del teatro Colón, á las bombas de la calle Rawson, á las materias químicas que la inventiva policial colocó en la tipografía de Lomas de Zamora viene á juntarse un famoso cajón lleno de pólvora y explosivos, colocado en la secretaría de la F. O. Marítima por un pretendido huelguista.

El plan se adivina con facilidad. Es el mismo de siempre. La policía habría «descubierto» el célebre cajón. El local de la sociedad clausurado y los pretendidos dinamiteros, es decir, los elementos activos y mejor orientados, presos y procesados y tal vez sobre ellos cayesen tremendos castigos, sancionados por la reprobación general, por el clamor público, que pediría á voces la punición de los enemigos de la sociedad.

Y la huelga fracasada y satisfechos los intereses de los armadores...

Por fortuna la provocación no dió el resultado apetecido y el fracaso ha sido desastroso.

¿Se llegará á saber quienes son los provocadores? Algo difícil será. La policía es la encargada de descubrirlos...

Y SIGUE LA RACHA

Un nuevo Judas

¡Cuánta maldad y cuánta bajeza!

Seres de la índole del que nos ocupa, deben desaparecer, irremisiblemente, del planeta Tierra. Cuando una porción de seres capacitados piensan llevar á la práctica sus teorías nobles y altruístas en pro de la pronta formación de una sociedad futura, más en armonía con las leyes naturales que la actual sociedad, en la que han tenido la desgracia de nacer, suelen surgir entre ellos algún apóstata, nuevo Judas que, por un puñado de miserables pesetas, vende á la policía los secretos de los que llaman compañeros suyos, sin importarle que la venta de ellos sea causa de que se pudran en presidio.

Y ahora nosotros preguntamos: Cuándo se descubre un traidor de esta índole, ¿qué actitud debemos observar con él? Nosotros pensamos que el mejor desprecio es escupirle en la cara, porque entendemos que las vidas de todos los confidentes juntos, no valen lo que un día de libertad de cualquier anarquista.

No obstante, nosotros, respetamos el criterio de los demás compañeros y para que obren como mejor les plazca, haremos el retrato moral y físico del reptil venenoso que se llama **Eduardo García Don Gil.**

Es alto, de pelo canoso prematuro, bigote negro, de cuarenta y tantos años de edad, cara larga y delgada, pronunciación difícil, de oficio pintor y natural de Madrid.

Suponemos que los compañeros de provincias le conocerán por haber este sinvergüenza viajado por varias capitales de España y del extranjero.

En lo sucesivo, este canalla irá á engrosar las filas ya numerosas del grupo «La confidencia», del que forman parte Mariano Alvarez (mecánico) é Hilario Aguilar Oriols (tipógrafo).

Nosotros, desde estas columnas, mandamos el pésame á la policía madrileña por el poderoso auxiliar que se les ha desgraciado y la aconsejamos, que en lo sucesivo, busque en otro campo los confidentes, porque en el nuestro la cizaña dura poco.

Henchidos de satisfacción, después de dar con el *Pez*, avisamos á los compañeros para que vivan alerta...

Miguel D'Ion.—Mariano Teruel.—A. Gil Taboada.—Antonio Lozano—Moisés López.—José González.

(Se suplica la reproducción en la prensa obrera).

A nuestros compañeros

Muy en breve saldremos para los penales á cumplir las condenas que sobre nosotros pesan. Todos sabéis cuáles fueron las causas que originaron los hechos por los que se nos ha condenado, así como los medios que se emplearon para arrancar confesiones. Por más que hayan pretendido ocultarlo, nadie ignora que Montjuich ha repercutido en Cullera. De esa manera ha sido como se han arrancado declaraciones comprometedoras para unos cuantos, sólo como si el hecho, la tragedia no hubiese sido realizada por todo el pueblo.

No ignoramos que nuestros compañeros han hecho esfuerzos titánicos para librarnos del verdugo, como tampoco ignoramos que esos esfuerzos unidos á los de otros hombres altruistas han sido los que han obligado á los gobernantes á acceder á la clemencia. De haberles sido posible se hubieran dado una vez más el placer de gozarse en nuestro *balanceo* como así lo prueba el empeño tenaz de quedarse con una presa, la que ostenta en la cabeza una cicatriz que le coge del tupé á la nuca gracias á la *delicadeza* de los difamados, de esos pobres calumniados que tanto *amor* profesan al pueblo de donde salieron, según puede observarse por los resultados de las huelgas. Resultado también de la delicadeza ha degenerado en idiota uno de los condenados Antonio Casat, y según nos dicen—no podemos probarlo por no haberlo visto—Juan Jover á quien la prensa bautizó con el apodo de «Chato de Cullera», se halla también idiota gracias al haberse visto colgado y *acariciado* durante cinco horas. Este se halla aún en la cárcel de Sueca donde las beatas han hecho de él un peregrino cargándole de medallas—se han aprovechado de su imbecilidad para catequizarle— habiendo sido la causa de su retención el encontrarse enfermo de resultas de lo que se ha dicho. No dudamos que nuestros compañeros trabajarán sin cesar por nuestro indulto, pues si bien es cierto que por el pronto se ha hecho todo lo que las circunstancias aconsejaban, conviene no olvidar que sobre nosotros pesan aún diez y siete condenas perpetuas, amen de otras más leves, no tanto, que no excedan de doce años y un día. A esto hay que añadir lo mucho que se nos hizo sufrir en el tiempo que duró el proceso, sufrimientos que aun no se han extinguido, pues todavía hay quien está echando sangre. Cuando se nos haya conducido á los penales ya procuraremos tener al corriente á nuestros compañeros á fin de que estén al tanto de todo. Es de imperiosa necesidad estar alerta, no sea que nuestros gobernantes se acuerden de nosotros cuando haya dejado de existir alguno como sucedió cuando lo de Alcalá del Valle.

Creíamos que cuando la situación se hubiera normalizado, serenado, se hubiera subsanado, bien de un modo, bien de otro la arbitrariedad; pero por lo que hemos visto, ni ha sucedido así, ni por lo que se ve hay esperanzas de que suceda. Por lo que se ve nuestros gobernantes sólo aflojan un poco cuando las masas enseñan los dientes. O quizás creerán que han salido del paso dando unos indultos que sólo fueron concedidos por el temor de que ocurrieran sucesos más desagradables. Se equivocan si tal creen. Es necesario, de todo punto necesario, reparar el daño que se nos ha causado. No fué culpa nuestra si se llevó á efecto un hecho que será todo lo lamentable que se quiera, pero que ninguno pudo evitar, y que, aun admitiendo fuera una realidad innegable fuéramos los autores, había sobradas razones para que se apreciaran atenuantes que eliminan de responsabilidad. En cuanto á mí, no tengo por qué conformarme con los doce años y un día que se me han impuesto sólo porque así lo hayan querido burgueses y caciques. Pero, sobre todo, lo que es necesario, indispensable, es que se nos incluya en la amnistía á todos por igual, á fin de poder allegar recursos á nuestras familias á quienes igual que á nosotros llegan las consecuencias de las intransigencias gubernamentales.

No olvidéis, pues, compañeros, que nuestra salvación se encuentra en vuestras manos. A vosotros, pues, nos encomendamos. Os mandan un saludo á todos y os testimonía su afecto, por todos los sentenciados —*José Crespo y Vicente Bou.*

Presidio de Figueras.

¡Si yo supiera escribir!

Publicaría artículo tras artículo en todos los periódicos que admitieran mi prosa: hablaría detalladamente de la odisea que sufrimos en cárceles y presidios, periodistas obscuros; obreros presos por delitos de huelgas; ciudadanos presos por delitos políticos; escritores condenados por la ley de jurisdicciones y otros muchos en presidio por los sucesos de Julio del año 1909.

Haría titánicos esfuerzos para interesar á la Opinión Pública en su favor; la enteraría al detalle de sus sufrimientos, miseria, las injusticias que se cometen; sabrían de nuestras rebeldías, de odios justificados. Haría desfilar en larga película ante la vista del pueblo español, todo un poema de dolor; nos verían tendidos en los sucios camastros de los presidios, pululando por los patios de esos detritus, cerrados en celdas-pocilga y tumba de las antihumanas cárceles españolas, vistiendo la librea del criminal y entre el maridaje de legión de gente maleante.

En letras de molde escribiría la odisea de cada uno de estos malhechores honrados, su abnegación por el ideal y martirologio por servirlo. No habría poblado, villa, ciudad que no estuvieran bien informados sus habitantes de cuantos somos los aherrojados por anacrónicas leyes, procedimientos feudales, fuera del derecho de ciudadanía y agarrotados á un inquisitivo régimen carcelario.

Los intelectuales se enterarían, sabrían de nuestras condenas; los directores de periódicos, periodistas, escritores, oirían nuestra protesta; protestarían con nosotros; suscribirían artículos de fondo, secundarían enérgicas campañas periodísticas y convendrían con nosotros, es de imprescindible necesidad sumarse á dicha protesta, entusiasmados, razonadores, flagelando al Estado y toda autoridad, que fuera responsable de nuestra estancia en cárceles y presidios.

El pueblo, con ese interés de justicia que es la guía de todos sus actos, tomaría parte en el plebiscito, dando calor á esta operación de libertarnos, teniendo como ejemplo de estímulo los elementos intelectuales en ir á la cabeza de la protesta.

Mitins populares por toda España, conferencias públicas; manifiestos y carteles expresando el número de presos, por qué delito fueron condenados ó tiempo de prisión preventiva, calidad y cantidad de la pena en relación del delito. Y así, con esta acumulación de elementos de propaganda, con cohesión ordenada, entre sí, entre los diversos factores cooperadores, se lograría obtener justiciera Amnistía para beneficiar ésta á todos los presos políticos y sociales, sin distinción ni selección hecha *á priori* por los caciques políticos.

Esto y mucho más diría yo si supiera escribir, y lo pondría en práctica activamente como asunto primordial, como problema de salud pública que no admita espera ni vacilaciones y se impone sea resuelto, por y para la libertad de centenares de malhechores del bien, que poblamos las Bastillas de España.

FRANCISCO MIRANDA

Cárcel 1-3-1912.

La cuestión social en Méjico

Pocos serán ya los que ignoren que el movimiento revolucionario iniciado en el Partido Liberal Mexicano en septiembre de 1906, y que continúa en pie, es un movimiento de carácter económico, que cada vez va siendo mejor orientado hacia una finalidad precisa: el comunismo. He dicho más de una vez, que la vida de las poblaciones rurales hasta hace pocos lustros, en México, era casi comunista.

El apoyo mutuo era la regla entre los sencillos habitantes, cuyas casas eran construidas por los vecinos del pueblo; las cosechas eran levantadas por todos; las escardas y otros trabajos en que se requería un mayor número de brazos que los de una familia, se practicaban en común; de uso común eran las tierras destinadas á la cría de los animales útiles; como de común uso eran las aguas del torrente, de la fuente, del lago, y, de explotación común el bosque cercano, la cantera de tepetate ó de tezontle, el malpaisal para elaborar los metates y los molcajetes, los yacimientos de cal, de sal, etc., etc. La moneda no era necesaria para las transacciones de cada comunidad.

El intercambio de productos y de materias primas era la regla, y solamente se necesitaba el dinero para llevar de la ciudad más ó menos cercana lo que en el lugar no se producía, y casi siempre se obtenía ese dinero llevando á la ciudad legumbres, materia prima, ganado, sal, cal, etc.; pero era bien poco lo que necesitaban en monedas, porque la pequeña industria de cada lugar producía casi todo lo necesario para el consumo de la comunidad. Apenas si se hacía sentir la autoridad, la cual ha sido siempre odiada cordialmente por el pueblo mexicano.

Pero llegó la hora del desarrollo industrial de México; grandes fábricas y talleres fueron establecidos; los hacendados tentados por la codicia, comenzaron á robar las tierras de los pueblos, y entonces, los que cultivaban para ellos mismos la tierra tuvieron que cultivarla para los hacendados, y los que quisieron librarse de esa servidumbre, encontraron trabajo en las flamantes negociaciones de las ciudades, ganando salarios de hambre, sufriendo humillaciones mil, ó emigraron hacia los centros mineros ó al extranjero.

Un profundo malestar económico fué acentuándose entre el proletariado, y esto, unido á la tiranía política, tuvo como resultado la Revolución, la simpática Revolución que los políticos han tratado de aprovechar para los intereses de la burguesía; tentativa que, hasta el presente, ha sido hecha en vano, porque es tan poderosa el ansia popular por adquirir de nuevo sus tierras, es tan grande el odio que los proletarios sienten contra la burguesía ladrona, es tan intenso el rencor que los pobres abrigan contra la autoridad, hay almacenada tanta hiel en los corazones de los humildes y es tan agudo el dolor con que los dientes del hambre atormenta los estómagos de los desheredados, que el movimiento, sobre tan firmes bases, con tan poderosas raíces, no puede morir ya; tiene que seguir adelante, arrollando todo lo que se oponga á su marcha..... Esta catástrofe es obra vuestra, cocodrilos del dinero, hienas del Estado: ¡sufridla!...

La prensa burguesa de México trae nuevas noticias que arrojan alguna luz sobre los actos de justicia que los proletarios están llevando á cabo, tomando la tierra por medio de la fuerza, los valientes; pidiéndola, los menos resueltos, y por lo que respecta á la agitación huelguista, no hay un solo número de esos periódicos en que dejen de ser consignadas huelgas y más huelgas que denuncian el estado de ánimo en que se encuentra el proletariado mexicano, lo que hace que todos los periódicos hablen preocupados de la cuestión social, que tan desprevenida encontró á la estúpida burguesía que soñaba con siglos de explotación, de tiranía y de crimen.

Los temperamentos pacíficos se concretan á pedir al Gobierno que sean devueltas las tierras á las comunidades despojadas de ellas; pero en la generalidad de los casos, aun los pacíficos se rebelan al ver que el Gobierno no atiende sus demandas. Han elevado peticiones de esta naturaleza, los vecinos de Acahuixtlán, Estado de Durango; Itucuaro, Estado de Michoacán; Ajusco, Distrito Federal; Santa Elena, Estado de México; Ocoron, Estado de Sinaloa; Viesca; Estado de Cohauila; Cuatipac, Estado de México y otros muchos lugares, amenazando muchos grupos con levantarse en armas si no se accede á sus pretensiones.

Las huelgas pacíficas y violentas continúan estallando en todo el país. No es posible consignar en este artículo todas las huelgas que han estallado en estos últimos días; pero la situación es tan grave, que el gobierno ha dictado medidas extremas contra los propagandistas obreros. Sucede que los huelguistas ganan una huelga obteniendo mejor salario y menor número de horas de trabajo; pero alentados por su fácil triunfo, se declaran nuevamente en huelga, pidiendo todavía mejor salario y menos horas de trabajo, provocando la desesperación de la maldita burguesía que por fin ha encontrado su infierno: México.

¿Quién podrá detener en su marcha á un movimiento de esta naturaleza? ¡Nadie! El que pretenda hacerlo, será arrollado, aplastado, aniquilado.

El reinado del capitalismo ha terminado en México. El capitalismo agoniza, su muerte está próxima; pero no se irá sólo á la tumba: arrastrará consigo á su perro guardián: la autoridad, y sobre su sepulcro se darán un abrazo de hermanos los mexicanos redimidos.

ENRIQUE FLORES MAGÓN

Crónica emancipadora

El 1.º de enero anunciaron los fabricantes de esta villa por medio de carteles que se suprimirían algunas fiestas, compensando la supresión con la rebaja de dos horas los sábados.

El martes de carnaval, contrariando la costumbre, que festejaba la tarde, fué considerado día de trabajo. Quizá los burgueses quisieron apartar á los obreros de la corrupción carnavalesca, pero llegado el momento surgieron protestas, y á las tres se suspendió el trabajo; en una de las fábricas el trabajo es constante, y hay turno de día y turno de noche, por lo que los turnos no pudieron participar de aquel beneficio; pero después los burgueses recuperaron las horas que perdieron por carnaval obligando á trabajarlas los sábados.

En San Feliu del Recó se han suprimido las fiestas sin recompensa de los sábados, á pesar de que en la fábrica de aquel pueblo se trabaja diariamente once horas y media.

Estos trabajadores, por un trabajo tan pesado y excesivo, suelen ganar 35 pesetas cada quincena, y aunque con tan reducido jornal no se puede vivir, pueden contar con la protección caritativa de sus explotadores y con el hospital y el hospicio, y á eso dejan reducida su vida y el goce de sus derechos.

La rutina de la explotación y del sufrimiento ha amansado de tal manera el carácter de los trabajadores de esta comarca, que parecen incapacitados para la vida de solidaridad obrera, que en la actualidad tiene tan gran desarrollo. No piensan, no leen, no se enteran de que una nación tan poderosa como Inglaterra sufre en estos momentos gran crisis por las reivindicaciones de sus obreros. Preciso es que lleguen á esta villa influencias emancipadoras.

JOSÉ POCH

Castellar del Vallés, 1912.

PARA LA FAMILIA DE JOSÉ VALDÉS

¡Solidaridad!

José Valdés era un buen compañero. Orador fácil, persuasivo, con su palabra elocuente había recorrido múltiples veces los pueblos de Asturias y, en todos ellos, había conseguido numerosos adeptos y simpatizantes á las ideas. En Gijón, donde residía, todos los camaradas le queríamos entrañablemente.

La crisis grande, que su oficio, cantero, atravesaba en Gijón, le impulsó á Valdés á emigrar á Cuba, á ver si aquí podía ganarse la vida. Poco tiempo después de su llegada encontró un buen trabajo en La Habana, y, en los precisos momentos en que el hombre se afanaba por traer á su lado la familia, también encontró la muerte. Una caída que tuvo desde el segundo piso de la obra en construcción donde estaba empleado, destrozó su cabeza contra el suelo.

Todos cuantos le conocían sintieron hondamente el desgraciado fin del buen Valdés; pero los compañeros de Gijón lo sentimos mucho más porque apreciábamos, á la vez, el infortunio y desamparo en que iba á quedar su familia: compañera y cinco hijos, cuatro aun bien pequeños.

En los primeros momentos, sin embargo, unos cientos de pesetas recogidas entre varios amigos que Valdés tenía en La Habana y la voluntad firme de sus atribuladas viuda é hija mayor, que se pusieron á trabajar en lo que más fácil encontraron, sirvió para conjurar algo la situación.

Pero el tiempo pasa y al correr de él las cosas cambian radicalmente. Fueron acabándose las pesetas, la salud de la compañera de Valdés, algo minada de antiguo, se fué acabando igualmente con el dolor y el trabajo. Así, la miseria se enseñoreó en seguida de aquellos pobres seres, cada vez con más fuerza.

Y el resto no quiero contarlo yo, porque ahora no puedo verlo por mis propios ojos. Dejaré que lo hagan varios párrafos sacados de una carta que recibí hace días de un querido compañero gijonés.

Hé aquí lo que me dice éste:

«Quien está gravemente enferma es Lola, la viuda del malogrado amigo Valdés, tanto que ya tuvo que dejar por completo el trabajo en la fábrica. Calcula tú, pues, cómo se encontrará, moral y materialmente, ella y sus niñas. Prefiero más no decírtelo.

»Lo que sí te voy á decir es lo siguiente:

»Con motivo de la epidemia tífica que en ésta hemos pasado, los señores jesuítas se han salido de «madre» y campean ahora hipócritamente en muchas casas donde hay desgracias. Enterados hace poco de lo que les pasaba á las de Valdés, y viendo ocasión de hacer una *de las suyas*, fueron á ver á Lola, y se ofrecieron á protegerla «de veras» si quería bautizar sus hijas; le daban mil pesetas, de «primera entrada», y luego ayuda constante. Tú que sabes la entereza de ella puedes suponer lo que allí pasaría: los jesuítas salieron avergonzados, si vergüenza pueden tener esos miserables, de lo que les contestó inmediatamente Lola. Y por su casa no volvieron más.

»Nosotros, en vista de que esta buena familia se encuentra ya tan mal, vamos á intentar hacer algo, lo que podamos, en su beneficio. Pero á la vez, convendría que tú, puesto que te será fácil hablar con los compañeros de TIERRA Y LIBERTAD que están presos contigo, digas á éstos si podría abrirse en el periódico una suscripción á favor de aquélla. Si es posible el que acepten, haz tú unas líneas explicando el caso y quizá se consigan algunas pesetas de los camaradas de otros puntos, que todo es necesario».

Y el encargo que este amigo me daba—¡cómo no!—fué hecho cuanto antes pude. Lo primero: el asentimiento de los de TIERRA Y LIBERTAD á esta suscripción particular y unas líneas mías ¡bien poco por cierto! —ya está hecho: ahora sólo falta que los compañeros que puedan contribuyan con su óbolo solidario á lo que se quiere conseguir de ellos.

P. S. A.

Nota.—Consecuentes con nuestro criterio de no hacer suscripciones particulares, recogeremos y enviaremos á su destino cuantas cantidades se nos envíen con destino á la compañera que se indica en el anterior artículo.

Por lo pronto obran en nuestro poder 2 pesetas de un amigo preso en la cárcel de Barcelona.

DE CORREOS

Diálogo humorístico

—Creo tú, Merluza, sabes que ese *Uno de tantos*, que escribe en Correos á favor de los carteros, nos va dando ya demasiado... tela.

—Sí, pero ¿y quién sabe dónde duerme esa... estorba negocios? Porque, lo que yo no acabo de entender quién de cartería, puede escribir tanto y con tanta desvergüenza...

—Si... si... y, no pára aquí todo, sino que sus amenazas se van cumpliendo al pie de... la letra, lo cual es vergonzoso para nosotros, los que siempre nos hemos distinguido por nuestras hazañas peliculosas (digo, lucrosas) en *beneficio* de... los carteros.

—¿Dices que se van cumpliendo sus amenazas?

—Pero ¿es que no lo estáis viendo desde sus primeras campañas en la revista «Tele-Postal» donde principió á poneros en un terreno inseguro? Y, además, la manera de propagar, por los cuatro vientos, la *unión* de todos los carteros de España.

—Pausa...

—Pues... yo... ya... ya me figuro quien es ese *Uno de tantos*... y tiene suerte que no he podido encontrar todavía ningún... dato ni prueba testifical contra él, que sino... ya hubieséis visto que manera de deshacernos de él... tan sencilla, hubiéramos encontrado (¿?).

—Si... si... fíate de la virgen... y no corras.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Pues, que si es el que yo me figuro y tú quieres decir, hay que ir con mucho cuidado porque demuestra que sabe defenderse y... lo que trae entre manos.

—Pausa..

—De manera, Pimentón, que no has podido encontrar... dato alguno que justificase...

—Y no será porque no lo haya buscado; ya sabes tú, Merluza, que, incluso fuímos juntos con otros *carteros* (¿?) á la redacción de *El Progreso* para ver... si...

—Sí, pero el caso es que no pudimos sacar nada, lo que nos valió una plancha más..... Además: ¿y si no fuese el que sospechamos? ¡Doble plancha!

—No lo creas, cuando yo digo que es él alguna razón tendré.

. . . .

—¡Y no poderle decir nada!

—No te apures, ya llegará día que le diremos...

—Sí, pero entre tanto, él se va fortificando y quizás no estamos á tiempo, ó lo que es peor, que quizás nos diga él á nosotros...

Todo lo dicho hasta aquí es tomado al vuelo por algunos... señores de esta cartería, cuyos nombres omito, hoy, caritativamente.

EL SOCIO NUM. 1

Consideraciones sobre la «huelga negra»

Cada vez que se promueve un conflicto tan enorme y de tanta trascendencia como el de la actual huelga de mineros de Inglaterra, aparecen en los periódicos y revistas de todos los matices y tendencias, infinidad de artículos y estudios preconizando un recrudecimiento cada vez más acentuado de la lucha económico-social, y se discute, al mismo tiempo, acerca del fin que tendrá ésta y las hondas transformaciones que puede sufrir la humanidad como consecuencia de tales luchas y conflictos. Unos las alientan y aplauden cifrando en ellas las más halagüeñas esperanzas de bienestar social; otros creen, por el contrario, que sólo ruina y miseria han de ocasionar á la sociedad, sumiéndola en un estado de impotencia y de estacionamiento, y no falta quien opina que, si bien las peticiones son justas y dignas del más entusiasta apoyo, en cambio formuladas por medio de amenazas y de violencias, reñidas siempre con la legalidad, no se verán nunca atendidas como se merecen. Cada cual opina según su mentalidad y su particular criterio, pero todos reconocen unánimemente que el conflicto es de tal magnitud y entraña tal gravedad que muy pocos, por no decir ninguno, le habrán igualado.

En primer lugar, un hecho muy elocuentísimo, que alcanza al menos vidente, hése patentizado por completo: el resurgimiento ó el desarrollo del noble espíritu de rebeldía que anida en las masas proletarias de todos los países, como consecuencia del profundo malestar social ocasionado por la vergonzosa y cruel explotación humana. Y es más elocuente el hecho por haber tenido lugar, precisamente, en la nación que más culto rinde al derecho, según se afirma, y donde las leyes obreras han sido aplicadas en mayor escala y con más asiduidad que en otros países.

El proletariado inglés, como todos los demás, comienza ya á dudar de las reformas legalistas y de las concesiones especulativas; empieza á darse cuenta de su verdadera situación; y mientras Lloyd George, el previsor ministro de Hacienda de la Gran Bretaña, presenta en el Parlamento las leyes de los seguros, sobre la enfermedad y la invalidez, los trabajadores de dicha nación van á la huelga en demanda del salario mínimo que les permita subsistir antes que la vejez les inutilice y la enfermedad les destruya. Tienen fija su mirada sobre el momento actual, viven hoy, tienen necesidades apremiantes que satisfacer y tratan de saciarlas cuanto antes, pues á ello tienen perfecto derecho. ¡Legalidad! les gritan unos. ¡No abandonéis el programa gradual de reformas! exclaman otros. Y el proletario observa, acto continuo, que aquella legalidad que le piden descansa sobre la injusticia y el privilegio, y la reforma gradual, con sus correspondientes mixtificaciones, empieza á ser aplicada internacionalmente por el pretendido fin, en tanto que su estómago continúa mal nutrido y todo su sér sufre los rigores de su mísero estado. Impaciente por resolver su situación desgraciada, lánzase á la lucha con más resolución y bríos, si cabe, que en otras ocasiones, desoyendo los interesados consejos de sus jefes, y de las famosas «Trades-Unions». Ramiro de Maetzu confirma este hecho en un artículo inserto en el *Heraldo de Madrid*, tratando del mismo asunto, y al que pertenecen los siguientes párrafos:

«Pero de parte de los obreros no son los jefes los que quieren la huelga. Ni los jefes ni las «Trades-Unions». La huelga viene de abajo, del fondo mismo de las minas. Los jefes y las «Trades-Unions» no hacen sino ceder al impulso de las masas obreras. Lo que ocurrió cuando la huelga de los ferroviarios ocurre actualmente, pero en mayor escala.

»De ahí la gravedad de la situación. Las palabras graves no son las que pronuncian los oradores de los obreros, sino las que salen de los obreros mismos y transcriben espantados los *reporters* esparcidos en los distritos mineros».

Efectivamente; la inquietud y el espanto cunde entre las clases elevadas, y llega á dudarse ya de que los medios y resortes que poseen los potentados para atajar los *desmanes* de sus esclavos, tengan la debida eficacia. Han tomado la palabra los de abajo, es la voz colectiva del proletariado que ruge amenazadora. Púsose de manifiesto el hecho en la pasada huelga; ahora se reproduce con más furor, en mayor escala. Por eso la pregunta que se formula el Capital le induce á meditar profundamente: si por fortuna se llega á conjurar el conflicto, pero no se extirpa la causa, el malestar aumentará, cundirá el espíritu de rebeldía, y ¿qué haremos si la lucha vuelve á estallar de nuevo, más fuerte, más potente, complicada con la acción común del proletariado de todos los países, en todos los ramos de la producción? La pregunta no ha sido contestada, pero está produciendo las más vivas inquietudes.

Ante la posibilidad de una tremenda catástrofe, se están buscando ya los medios para evitarla, absurdos medios por cierto, pues serán impotentes para contener la avalancha. Se trata de la necesidad de nacionalizar las minas de carbón, esto es, su propiedad y explotación, lo cual es digno de tenerse en cuenta. ¿Por qué? Porque entonces los obreros de las minas tendrían el carácter de empleados públicos, y, según se afirma, se podría con cierto aspecto jurídico, obligarles al trabajo.

En la conferencia dada recientemente por Moret en el Ateneo de Madrid, ocupóse extensamente de esta cuestión y afirmó la necesidad de nacionalizar las minas de carbón para dar lugar al nacimiento de un delito al negarse un trabajador, convertido ya en funcionario público, á prestar su servicio. También habló de que puede caer dentro de la ley el causar daño á un tercero, y, por lo tanto, el negarse un obrero á trabajar en la mina constituye, según él, un hecho ó una acción punible.

Podría extenderme en largas consideraciones para demostrar que la medida propuesta para evitar el mal resultaría inútil é impotente en la práctica; pero me limitaré á copiar el siguiente párrafo de *El Economista*, de Madrid, revista nada sospechosa, que hablando del movimiento que nos ocupa y referente á este particular aspecto dice así:

«Pero esto, sobre no ser justo, porque si no hay diferencia alguna entre el minero de carbón ó el de cobre ó estaño, no debe haberla en su condición jurídica en las huelgas, resulta sencillamente ineficaz.

»Si los mineros de carbón inglés, en número de 800.000, van á la huelga y no quieren bajar á las minas, ¿qué ejército de policías será preciso para obligarles al trabajo? Y si se hacen solidarios de ellos los mineros de carbón del Continente, parando cuando el carbón que arranquen vean que se envía á Inglaterra, y los descargadores de los puertos ingleses negándose á vaciar los barcos carboneros que á ellos lleguen, la huelga resultaría no sólo imposible de conjurar, sino de atenuar siquiera con la concurrencia de carbones extraños».

El argumento es bien lógico y sencillo; aprendan en él nuestros políticos, más atentos en dar soluciones inútiles á los demás, que en enmendarse de sus propios yerros.

***

Cuando un edificio se halla en estado completamente ruinoso, sólo puede recurrirse á una medida: demolerlo. Si se apuntala se sostendrá otro plazo más de tiempo, pero al fin, carcomidos también los puntales, el edificio se vendrá abajo. La misma ley rige para la sociedad humana. Las organizaciones proletarias con sus vigorosos movimientos, á modo de carcoma, van inutilizando los puntales que todavía la sostienen, y su acción demoledora tocará en breve á su fin, patentizado por el derrumbamiento de todo lo pernicioso y arcáico.

Buena prueba de ello dan los mineros ingleses. Empiezan á capacitarse de sus derechos, penetran en el terreno del raciocinio, y entonces es cuando ven claramente la incalificable usurpación que con ellos se comete.

Experimentan más necesidades cada día y estiman indispensable para satisfacerlas, sino todas, las más esenciales, un salario mínimo y abolición del destajo, no como á término de sus aspiraciones, sino como á principio de las mismas y para llegar con más facilidad á su total realización.

Aunque los trabajadores ingleses triunfen, no por eso quedará resuelto ya el magno problema; pero tampoco dejará de ser uno de los pasos más gigantescos que se habrán dado hacia la total emancipación humana. Si, por encima de todo, es necesaria la teoría como base y fundamento de toda acción futura, no menos indispensable es la práctica, en cuanto sea posible, para que armonizando la una con la otra, podamos ir traduciendo en fecundas realidades nuestras sublimes y bellas *utopías*.

FEDERICO FRUCTIDOR

EN CONTESTACIÓN Á UNA CRÓNICA BURGUESA

¡Es preciso!

El *espíritu de propiedad* no es anejo al de individualidad, porque la posesión del yo es una pertenencia natural y lógica de todo sér y, por consiguiente, todo humano que escribe y firma lo que de su intelecto ha salido no crea ni propiedad, ni exclusivismo, sino asalaría su pluma ó se hace mercenario intelectual. La firma no constituye un candado ó cartel de veda, la firma es el *yo* impersonal que apadrina la idea expuesta propia ó ajena; pero sustentada por el *grafismo personal* responsable moralmente de la originalidad y veracidad de los asertos ó tesis lanzados ante la opinión de los demás semejantes nuestros, es decir, ante la opinión pública.

¿Sería posible en el campo científico y filosófico, si el grafismo no os dijera de tal cerebro partió tal idea, poder controvertir, criticar y aclarar los conceptos emitidos, ni poder comprender su alcance ó utilidad? El progreso sería un mito y Reclús, Kropotkine, Marx, Bakounine, Lorenzo, Mella, Caffiero, etcétera, etc., *unos burgueses* de la intelectualidad á quienes no hubiere guiado otro móvil que el lucro positivista y no el sacrosanto principio del amor á la Humanidad y á la Libertad; pudiendo decir lo mismo, dentro del campo exclusivamente científico, de Benot, Cajal, de Buen, Alberto Grinaldi, Edisson, Victor Delfino, Curée, Nordenskiold, etc., verdaderos héroes modernos impulsadores de la corriente progresiva dentro de este ambiente metífico y tartufo en que forzosamente tenemos que desenvolvernos.

Luego, queda sentado, que, ningún hombre altruista y consciente de su labor progresiva da personalidad, por medio de su firma, á lo que ha producido, por el espíritu ruin de *exclusivista-propietarismo*, no, sino como óbolo rendido al progreso humano, sea el campo que sea el de sus aptitudes, porque la ciencia se ha formado de axiomas y de errores cuya denominación ha sido el *nombre de los hombres* que los generó; así decimos, por ejemplo: teoría de Newton, de Laplace, de Copérnico, de Linneo, de Cuvier; errores de Tolomeo, de Mahomet, de Buffon, etc.

Es preciso, es necesario que nadie niegue la paternidad á lo que produce, por bien de todos; porque la firma podrá constituir para algunos *aprovechados* un título de renta explotable: allá ellos y su conciencia poco escrupulosa; el hombee se debe al hombre aunque no se llegue á la heroicidad ni al sacrificio... Es suficiente ser útil y no sacrificar á los demás explotándolos inicuamente ó arrebatándoles el producto de sus fatigas y sudores.

Un artículo sin firma es lo mismo que una belleza ciega, sorda y muda. Además, lo anónimo es siempre sospechoso de cobardía; se pueden firmar artículos sin explotar á nadie, ni aspirar á necias populacherías, bagaje inútil para las verdaderas capacidades.

LUCRECIO OCEANO

Madrid-2-1912.

Mitin y conferencia

El día 19 del presente, á las cuatro de la tarde, tendrá lugar en Valls, un importante mitin de propaganda sociológica, en el que tomarán parte los conocidos propagandistas Manuel Badía y Pedro García.

***

En la misma población y aprovechando la estancia de nuestros compañeros en aquella localidad se celebrará á las 9 de la noche una conferencia de carácter doctrinal, que correrá á cargo de los mismos, acerca de los temas: «Política y Sindicalismo», «La inmoralidad de los moralistas».

Mucho nos agrada la labor que realizan nuestros compañeros en pro de la emancipación. Mucho ánimo y buen acierto en la exposición de ideas.

***

El pasado domingo tuvieron lugar dos conferencias; una en Sabadell á cargo del profesor racionalista Manuel Badía, quien desarrolló el tema: «La enseñanza racionalista es la única que puede humanizar».

La otra se celebró en Vilasar de Dalt y la dió nuestro compañero de redacción Pedro García, versando acerca del tema: «Organización Sindicalista».

Uno y otro estuvieron acertados. Sentimos mucho no poder insertar el extracto de ambas conferencias, debido á la falta de espacio.

Tenemos en nuestro poder la edición del folleto que contiene la hermosa conferencia de clara orientación sindicalista que con el título de PROLETARIADO EMANCIPADOR, *dió nuestro compañero Anselmo Lorenzo en Madrid el día 17 de Septiembre.*

10 céntimos ejemplar.

Además tenemos buen número de ejemplares de los folletos SOLIDARIDAD, EL POSEEDOR ROMANO *y* GENERALIDADES SOCIALES, *por Anselmo Lorenzo.*

10 céntimos ejemplar.

COMUNISMO Y ANARQUÍA, *por Carlos Cafiero.*

5 céntimos ejemplar.

EL OBRERO MODERNO, *por T. Herreros.*

10 céntimos ejemplar.

ASPECTO SOCIAL DE LA LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS, *conferencia leída por el Dr. Queraltó, en el Congreso de Medicina contra la Tuberculosis.*

25 céntimos ejemplar.

Pidiendo más de cinco ejemplares se hará el 30 por 100 de descuento, excepto el del Dr. Queraltó, que su descuento es el 50 por 100.

TIERRA Y LIBERTAD

Al pueblo

CONTRA LA LEY SOCIAL

La inquisición entronizada con el nombre de LEY SOCIAL, y ejercida por la policía encabezada por el Arbués de sainete que responde al nombre de Luis Dellepiane, sería la cosa más groseramente bufa del mundo, si de ella no resultaran víctimas una cantidad de obreros, mil veces más dignos y respetables, que ese señor y toda su jauría de perros.

Y al mismo tiempo no diera la pauta del servilismo é inconsciencias de nuestro AMBIENTE SOCIAL. Ambiente formado por aventureros adventicios de todas las latitudes y de destripaterrones sin dignidad y sin conciencia que odian al país que los alberga, y que caen de hinojos ante los fetiches de su país de origen.

En un país de semejantes condiciones mesológicas nada debe extrañarnos que leyes retrógradas como la LEY SOCIAL cuelen; máxime si tenemos en cuenta que nuestros padres de la patria (?) son gente muy pacífica (cuidado con los intereses) que solo anhelan engullir plácidamente, los mil quinientos, acariciándose sus abdómenes, redondeados por las dulces digestiones.

Eso, añadido, el susto que se pegaron las mansas ovejas del señor (son tan asustadizas las pobres ovejitas) con la bomba del Colón; cuya procedencia sospechosa aun no se ha aclarado, existiendo fundados motivos para retenerla obra policial (recuérdense las bombas rusas y barcelonesas); pues como es de público dominio en aquel momento se trataba de acallar la voz del pueblo que exigía el levantamiento del estado de sitio decretado para ahogar la voz de protesta á la farsa centenaria.

En este momento el levantamiento del estado de sitio significaba la revisión de las arbitrariedades cometidas por la horda vandálica policial; durante la semana centenaria, encabezada por el ínclito (?) Dellepiane, el que se deshacía en méritos para obtener el ascenso en ciernes; significaba poner de relieve el incendio á la imprenta de *La Protesta*, órgano proletario de los ideales anárquicos y que se distinguió como ninguno en la lucha por el mejoramiento económico y moral de los trabajadores. Por eso, solamente por eso, porque el genuino representante del proletariado se atrajo sobre su cabeza el odio de la plutocracia criolla, la que en venganza, azuzando el patriotismo de una turba de inconscientes y borrachos, precedida por la policía, destruyó la imprenta del paladín proletario y varios centros gremiales.

¡Oh, los Atilas criollos!

La vuelta á la normalidad no convenía en aquellos momentos á la policía, y es claro, necesitaba exhibir la mercancía: ¿qué mejor entonces que una BOMBITA que justificara una ley de represión, más violenta que el mismo estado de sitio? y la bomba vino, vino donde debía venir: ¡al Colón! allí donde las MANSAS (no confunda el lector las apariencias) ovejas, más podían asustarse, y con el susto arrancarles lo que quizás en otras condiciones se hubiera hecho más difícil, por lo menos, arrancarles: la LEY SOCIAL fué... la aseguradora del ascenso del coronel.

Conste que no afirmamos nada, sólo exponemos sospechas, algo fundamentadas, de algo que se entrelaza, en apariencias por lo menos, como causa á efecto, sobre la procedencia de la bomba. Por otra parte, obreros que estuvieron presos en Azcuénaga, nos han asegurado que el celebérrimo Vieyra, comisario de la brigada orden social, les mostró varios medios cascos de bombas, pero, como que vivimos bajo el imperio de la inquisición ¿quién va á averiguar ciertas cosas?

Se trataba de ahogar la voz del pueblo obrero y para ese objeto, las repúblicas como las monarquías más absolutistas, no se fijan en los medios.

Fué sancionada esa ley inicua que el mismo, entonces, ministro del Interior, al reclamarla al Congreso, la declaró más eficaz, para los intereses burgueses que el mismo estado de sitio.

¿Dellepiane y su jauría había triunfado?

¡Qué les importan á esos señores las lágrimas, el sufrimiento, el hambre, que difunde entre la clase trabajadora? ¿qué les importa á ellos que el país retroceda hasta el punto que un magistrado (el juez Bunge) en un momento de olvido de su procedencia, llame ley visigótica á esa ley? ¡Que la nación se despueble, que los inmigrantes no acudan, que los artículos de primera necesidad aumenten hasta las nubes, que los salarios mermen, á ellos nada les importa! Tienen el banquete asegurado al amparo del presupuesto que nosotros trabajadores alimentamos y en el que ellos se revuelcan como chanchos en el chiquero. Y como agradecimiento, nos fusilan, como sucedió con nuestros hermanos de Mar del Plata y del Tandil.

Somos un país esencialmente de trabajo, dicen los burgueses: sin embargo, aquí se persigue á los trabajadores ¡qué ironía!

Necesitamos brazos para la agricultura, para la industria, dice la misma gente; sin embargo se deporta al obrero extranjero y se confina á la Tierra del Fuego al nativo. ¡Farsantes! Somos un país rico, dicen los plutócratas de todas las plagas que viven del trabajo ajeno; sin embargo el obrero vegeta amontonado en un cuartucho de conventillo; y la nación tiene cuatrocientos millones de pesos oro de deuda exterior que le come la tercera parte del presupuesto nacional (MEMORIA DEL MINISTRO DE HACIENDA); y se mantiene una caterva de parásitos policiales!

¿Hasta cuándo durará la farsa, la odiosa farsa?

Todo eso es inicuo, y como todo lo inicuo, debe acabar.

No es posible que el pueblo obrero se preste por mucho tiempo á ese escabel de la ignominia triunfante. ¡Todo debe acabar!

Un pueblo que sienta en su haber una reconquista, un Mayo; un pueblo que supo barrer á comandita ignominiosa en las jornadas de Julio del 90; no lo dudamos, sabrá resurgir: podrá estar extrañado un momento, pero al fin encontrará la vía y resurgirá poderoso, desbordante, barriendo cuanto se opone á su paso. Queda en cambio, un método expeditivo y rápido, consistente en la huelga general, que nosotros recomendamos á todos los hombres dignos, de secundar.

Que prepara y prohija La Federación Obrera Regional Argentina, si todos á un tiempo como un solo hombre nos lanzamos á ella, la ley social será derrumbada por el empuje popular. ¡Qué el pueblo obrero Argentino marque en la futura jornada que se aproxima, un jalón que lo haga digno de la emancipación definitiva!

Abajo las leyes tiránicas y el hipócrita jesuitismo entronizado en la Argentina. Todos á la huelga general en cuanto sea declarada.

Un grupo de obreros argentinos dispuestos á dar por tierra las leyes antisociales.

Diciembre, 1911.